

BOQUERÓN
~~LA GRAN BATALLA~~
Y TÚ



JOSÉ ANTONIO GIL

Índice

	Pág.
I Boquerón	9
1. Solo con miedo y sin ti	11
2. Juan Kumbay y El Prendan la Luz	19
3. El llorar es de valientes	31
4. Y, no habían mujeres que los consolaran	47
5. El hombre con pasado que perdió su presente	59
6. Dos cruces iguales para dos amigos	73
7. Escribiendo la más bella página de heroísmo americano	79
8. El espejo de Boquerón	89
9. Solo nos quedan dos cosas	97
10. Boquerón nunca se rindió	107
11. Los Comandantes frente a frente, escritorio de por medio	115
12. El sueño es el alivio de las miserias ¡Bravo Marzana!	119
II Prisioneros en asunción	125
13. Los fantasmas del recuerdo	127
14. Robando letras y palabras	137
15. En la guerra todo agujero es trinchera	145
16. No tenía casa, ni familia, él no existía	151
17. Sus cuerpos se entregaron al amor	159
18. De Juan Kumbay a Juan de Paula Sanz	173

I

Boquerón

1. Solo con miedo y sin ti

Debo escribir ahora, antes que el viento se lleve las nubes con las letras y dejen de llover las palabras. Ahora que estoy a solas con el silencio de mi mente y un lápiz en la mano. Es ahora que debo desvestirme, despellejarme, ahora que te necesito y no sé cómo hallarte. Ahora que me duele el pensamiento al saber que no podré encontrarte, ahora que solo existes en mi recuerdo, en mi piel, en mi miedo, en ese miedo que no sé si podré enfrentarlo, en ese miedo que busca el consuelo de mi madre, el consejo de mi padre y a ti. Estoy en la guerra solo, con miedo y sin ti.

Una voz inoportuna saca al escritor del trance en el que se encuentra auscultando el interior de su joven vida; de ese trance que es el único capaz de transportarlo hasta aquellas bellas nubes de la inconsciencia, sacándolo por momentos de esa realidad que lo atormenta, pero que paradójicamente la acepta, a veces hasta con entusiasmo.

—¿A quién escribes?

—A la vida creo... No sé.

—¿Puedo leer?

—Mejor no, son solo palabras agarradas al azar, para recordar el día en que me encontré frente a frente con el miedo.

—Debo confesarte —continúa hablando el suboficial Julio Orosco mientras guardaba el papel en que estaba escribiendo, tratando de desviar la conversación—. Hoy, cuando vi caer muerto al Comandante, tuve miedo, quedé paralizado, pobre hombre, llegó y solamente tuvo tiempo para morir, a eso vino a Boquerón, a morir.

—No fue el único —responde el sargento Benjamín Cori.

—Sé, pero éste quiso justificar el porqué se hizo cargo del destacamento y en su afán de mostrar su valentía, encontró la Parca que estaba escondida detrás de los matorrales de este infierno verde, y con él, se llevó a más de veinte de los nuestros.

—Ahora seguro nos lo vuelven a mandar al teniente coronel Marzana, a quien no debieron haber cambiado; peor estando frente al enemigo el día antes de la toma de este fortín; tal vez con él no hubiera muerto nadie.

—No sé, hay quienes dicen que cada bala lleva un nombre; quizás la tuya o la mía ya están cargadas en algún fusil. Sí eso es verdad —continúa el sargento Benjamín Cori—, yo quisiera que mi nombre esté escrito en la bala de un cañón, así les salgo más caro y cuando me llegue, que sea en el pecho, así me aseguro de no quedar herido, amputado, manco, ciego o bobo, aunque bobo creo que ya soy, no hay otro motivo para que yo, un guapo Sargento de Caballería, hubiera solicitado voluntariamente venir a esta misión; como yo, diez locos más del bizarro Regimiento Lanza 5 de Caballería, por algo dicen que los muchachos

de caballería son pura pinta, duros de potto y de cabeza; pensar que mi regimiento estaba en la retaguardia, deben seguir en Villamontes, disfrutando de las chicas argentinas de la universidad.

—¿Hay universidad en Villamontes? —expresa incrédulo el suboficial Orosco.

—¡Claro! —dice Cori—. La universidad, donde aprendes a ser hombrecito, macho, machito, donde muchos dejaron su virginidad entre las piernas de una gaucha. Así se llama el putero hermanito, también le dicen el Remanso, aunque de tranquilidad, nada.

—Cuando regresemos te llevaré a que conozcas, yo me gasté todo mi sueldo, me soplé a cinco en una noche, empecé con la dueña; la mamá grande que regentaba y terminé con su hija que ella decía era virgencita, pero era mi potito a escondidas, la mamá nos pilló y no me quedó otra que venirme de voluntario a este infierno, porque la vieja me buscaba para matarme o casarme, y yo sin plata ni donde ocultarme.

—Pero volviendo a lo anterior, mejor un cañonazo en el pecho y listo, *esito* sería todo. ¿No ve?

Esta es la conversación entre el suboficial Julio Orosco del Batallón Campos 6 de Infantería y su camarada, el sargento de caballería Benjamín Cori, después de la toma del fortín Boquerón. Dos días antes, el fortín estaba en poder de tropas paraguayas que lo consideraban dentro de su territorio.

La toma fue ordenada directamente por Salamanca, Presidente de la República de Bolivia, desoyendo argumentos que indicaban que Bolivia no estaba preparada

para una guerra total, sin embargo, el Presidente asesorado por un grupo de políticos y militares, impuso su criterio con el argumento de tomar represalias por las agresiones recibidas de parte del Paraguay; sin considerar que el fortín de Boquerón estaba a pocos kilómetros de la terminal de una línea férrea, que partía de Puerto Casado sobre el río Paraguay, hasta Isla Poi o Villa Militar, permitiendo al Paraguay concentrar tropas descansadas en corto periodo de tiempo.

Después de la toma del fortín, el gobierno boliviano tenía la seguridad de resolver el conflicto mediante la diplomacia, motivo por el que se quedó a la espera de ese tipo de soluciones, bajo el concepto según Clausewitzde qué: “La guerra no es otra cosa que la continuación de la política por otros medios” no debiendo descuidar ni la política exterior, ni la preparación en medios y personal para la guerra.

Como el Suboficial y el Sargento lo comentaran, al día siguiente, 1 de agosto de 1932, se presentó en el fortín Boquerón el teniente coronel Manuel Marzana, hombre recatado, de baja estatura, moreno, chuquisaqueño, nacido en Tarabuco, donde tenía sus propiedades. Contaba con cuarenta y cuatro años, militar de carrera, conocedor de la zona chaqueña, comandante del Regimiento Campos 6 de Infantería, ahora Comandante del Destacamento que llevaba su nombre.

Para satisfacción de todos, el teniente coronel Marzana volvió a tomar el mando del destacamento, la tropa formó, el segundo comandante teniente coronel Luis Cuenca dio el parte correspondiente con las novedades del momento y las medidas tomadas.

El teniente coronel Marzana agradeció y, con su acostumbrada serena autoridad, empezó a dar órdenes sobre la seguridad perimétrica, bajo el concepto de trabajos permanentes de trincheras y todo tipo de protección, como si se previera ataques sorpresivos de un enemigo aun inexistente, pero que podía llegar en cualquier momento.

El coronel Peña, comandante directo de Marzana, visita Boquerón el 11 de agosto, acompañado del capellán que aprovechó para celebrar misa y bendecir a los soldados, que de alguna manera los tranquilizaba, pero al mismo tiempo el sermón los atemorizaba, ya que era un recordatorio que la muerte estaba cerca y sus seres queridos estaban lejos y, su único consuelo eran las bendiciones del Capellán.

El coronel Peña antes de retirarse a su Comando ubicado en Yujra y aún más atrás, con una sonrisa irónica dijo:

—“Veo que va usted fortificando todos los alrededores del fortín. ¿Se espera algún ataque de las tribus de salvajes de la zona? Porque paraguayos no veo por ningún lado. Parece que usted no supiera que se ha firmado una tregua de treinta días, que seguramente se prolongará indefinidamente.

—Sinceramente teniente coronel Marzana, no sé en qué reglamento habrá leído esta manera de proceder, desgastando a su gente haciendo trabajos inútiles. Más al contrario, considere la posibilidad de enviar tropas a retaguardia para descongestionar el fortín.

Marzana, lo más educadamente posible, respondió:

—Mi Coronel, en la ociosidad se anidan los rumores, la flojera y los vicios. Mis soldados en su mayoría son de los valles y altiplano, algunos orientales y chapacos, todos necesitan ambientarse con este terreno. Vaya tranquilo mi Coronel, nosotros conocemos nuestro oficio.

—Disculpe, Marzana, pero tengo mis dudas sobre sus procedimientos, por eso pedí nuevamente su cambio y trataré de que lo releven lo antes posible. —Señalando a los dos clases y soldados que afanosos cavaban un pozo en busca de agua, agregó—: Le recomiendo que en lugar de hacer cavar otro pozo de agua; sin éxito, como si el que tiene no fuera suficiente, tendría que pensar en un plan de ataque, seguro que cuando eso ocurra, los paraguayos saldrán corriendo.

—En realidad, le ordeno que lo haga y déjese de pedir tanta logística que no la necesita.

No hubo respuesta, el comandante Marzana supo que a partir de ese momento él y su destacamento tendrían que hacer las cosas sin esperar nada de nadie. Cuando los visitantes se marcharon, reunió a sus oficiales y les dijo:

—*“Señores; en nuestras manos están las cartas de triunfo o derrota, de vida o muerte, que Dios ilumine nuestros actos y nos dé el coraje para cumplir con la historia, la patria y nuestros nombres.”*
—levantando la voz concluyó:

—¡Subordinación y constancia!

—La respuesta resonó en el Chaco: ¡Viva Bolivia!

El teniente coronel Cuenca, segundo Comandante agregó:

—“Todo por la patria mi Coronel”. Confíe en nosotros, usted muéstrenos el camino, nosotros alcanzaremos la gloria.

Los trabajos de fortificación, dando profundidad a la defensa, se iban acentuando cada día que pasaba, cuando el Comandante inspeccionaba las trincheras preguntaba:

—Soldado, ¿cuándo atacará el enemigo?

La respuesta de todos los días y de todos los soldados, oficiales y clases era la misma: “¡Esta noche mi Coronel!”

Entre el suboficial Juan Orosco y el sargento Benjamín Cori, quien era de esas personas que tienen cien oficios, pero mil necesidades y que al final siempre resultan de utilidad, aunque algunas veces trabajan más con la lengua y las buenas intenciones que con las manos, llevaban fracasando varios días en la búsqueda de agua. Benjamín Cori tenía un palo como de un metro y diez centímetros de largo en forma de “Y”, el que sostenía con ambas manos apuntando a la tierra. Mientras él caminaba de un lado a otro, iba explicando que en el lugar que la punta de su improvisado bastón, por algún extraño sortilegio se levante apuntando el cielo, se detendrían, esa era la señal para empezar a cavar. Hasta ahora, solo encontraron tierra húmeda.

Este método utilizado por el Sargento y que al parecer no daba resultados, fue aprendido de su madre, en sus tierras de Cochabamba, cuando alguien le reclamaba los fracasos, el Sargento respondía.

—Si alguien tiene una mejor forma para encontrar agua, venga y demuéstrelo. —Silencio, nadie quería tomar el riesgo de fracasar en esas secas y áridas tierras.

Días antes el suboficial Juan Orosco había convencido al Comandante para hacer un nuevo ojo de agua, argumentando que el que tenían estaba al descubierto, el enemigo lo conocía, se podía secar o en caso de ataque, seguro lo bombardeaban, por lo que, sería mejor tener uno de reserva, que esté más protegido. Su solicitud fue aceptada y en razón a este hecho los dos amigos, apoyados por soldados se dedicaron a cavar. Llevaban como ocho excavaciones sin resultados en más de veinte días.

En esas circunstancias el 26 de agosto de 1932, ya entrada la noche, estando Marzana en la soledad del mando en “La Cueva”, nombre con que se conocía su Puesto Comando, el suboficial Juan Orosco se presenta; tiene las manos, el uniforme y la cara llenas de barro, pero lleva una gran sonrisa de triunfo en su rostro.

—Cumplida su orden mi Coronel. Tenemos agua, ¡mucho agua!

Boquerón y Tú

Esta no es una historia más sobre la batalla de Boquerón, es una historia humana, que nos sorprende por su objetividad y la sutileza de sus personajes. Es la historia de amistad sublime nacida en la tragedia de una guerra.

Anahí

I Parte Boquerón

Estoy en la guerra, solo, con miedo, y sin ti.

Es una historia basada en hechos reales, de heroísmo, lágrimas y picardía. Todo, a través de un heroico comandante, un Cunumi (joven) Guaraní, y un Sargento de los valles, cuya viveza sobrepasa los cánones normales, haciéndonos conocer un hecho histórico como pocos en América.

II Parte

Prisioneros en Asunción.

Es la historia de un prisionero de guerra, que amó en dos mundos diferentes, decidido a conquistar España con libros y palabras, tal como España conquistó las tierras de sus antepasados los indios Chiriguanos con la cruz y la espada.

ISBN: 978-99974-76-68-5



9 789997 476685